

DIARIO DE CORDOBA

CIENTÍFICO, LITERARIO, DE ADMINISTRACIÓN, NOTICIAS Y AVISOS

TELEFONO 184

FRANQUEO
CONCERTADO

NÚM. 18.281

Suscripción en Córdoba. Por un mes. 2 Plas.
Trimestre. 5 »
Fuera de Córdoba. Trimestre. 6 »
Extranjero. Trimestre. 10 »

DOMINGO 13 DE MARZO DE 1910

Los señores suscriptores de este periódico tienen derecho a insertar gratis en sus columnas un anuncio ó comunicado al mes, que no exceda de quince líneas y que sea de su exclusivo interés.

AÑO LXI

ECOS DEL MUNDO

El papel.—Minerales y vegetales.—El buen papel del papel.—Blindaje moderno. Desinfectante.

Por algo se ha elevado recientemente en todos los mercados el precio del papel.

No parece sino que fabricantes y almacenistas hablan presentido las teorías recientemente publicadas por el insigne profesor inglés mister Meyer, quien casi llega al extremo de afirmar, sostener y proclamar que el papel, en general, es una especie de farmacopea, que si no llega a la universal, pudiera creerse que se le aproximaba.

El papel es de los contadísimos cuerpos—dice Meyer—que presenta la extraordinaria particularidad de tener tan unidas sus moléculas que casi puede decirse que no tiene poros.

Prueba de ello es que ningún líquido logra pasar a través de su tejido, y que el mismo aceite, las grasas, naftalinas, ciertos carburados y otros compuestos análogos, escurren por él, lo manchan ó lo tñen, pero nunca llegan a tener el suficiente poder electrolítico ni físico para lograr traspasarlo.

Las materias que el valgo cree menos porosas, las calamitas, el grafito y el grafito, la piedra, en fin, y los metales sólidos, como el hierro y el cobre, el oro y el platino mismo, presentan una porosidad que el papel usual no tiene.

Y no hablemos de la madera y de otros productos vegetales, porque estos, desde mucho antes de que Berthelot, para demostrar la porosidad de los cuerpos, acudiese á las lluvias de mercurio que, traspasándolos, los hacen tomar el aspecto de boquillas de regadera, son los más porosos que existen.

En esta propiedad negativa del papel fundamenta Meyer toda su teoría, y así (aún recordando antiguas prácticas) le recomienda como verdadera plancha de blindaje para resguardo del cuerpo humano.

No se limita, no, el ilustre miembro de la Británica á aconsejar el empleo de grandes pliegos de papel como abrigo contra el frío, las heladas y todos los fenómenos meteorológicos que implican un descenso de temperatura pueden producir la neumonía y otros graves y agudísimos males, sino que estima que hasta en los casos extremos de una colisión ó de un ataque á mano armada, una especie de coraza de papel puede hacer que se embote el puñal más agudo.

Cita, a propósito de esto, el hecho de que no hay nadie, por mucha fuerza muscular que tenga, que logre traspasar con un bisturí ó con un estilete, cualquiera de los más agudos y mejor afilados, cien hojas de papel ó cien páginas de un libro, ni que perfora la mitad, ni una cuarta parte, á no ser que haya desgare del papel ó se proceda sobre el mismo con el instrumento á modo de barrena, ó produciendo cortes nada limpios, antes por el contrario, deshechos y desfilachados.

Las pastas del papel ordinario pueden servir, según él, en determinadas condiciones, para ciertos emplastos, unguentos, unturas y hasta aspiraciones de sus vahos, á la temperatura á que se ebullición y fación se produce, para calmar la mayor parte de las enfermedades y dolencias conocidas.

Aplicando el papel como compresa á una herida, aventa en muchas ocasiones al más perfeccionado tafetán, evita hemorragias ó sueltas fracturas óseas (el profesor Meyer cita varios ejemplos) y, por último, en calidad de desinfectante, contados serán los cuerpos que puedan aventajarle.

El papel quemado, en efecto, produce una llama, violácea al principio, con gran despreñamiento de gases, que son los que ocasionan ese especial mal olor que le es característico; dá después una llama, igualada en intensidad luminosa á la de 1'05 bujías, y se apaga, por último, lanzando un nuevo despreñamiento de materias volátiles, inflamables muchas de ellas, y permaneciendo en incandescencia un tiempo relativamente largo.

No han podido resistir estos gases—sigue diciendo el profesor inglés—ni aún los microbios que resisten en estufas acondicionadas temperaturas superiores á las del arco voltaico, ó sean 2.000 grados centígrados.

Podrá ser ó no exacta la teoría papelista, pero por nuestra parte podemos asegurar que muchas veces cura algunas dolencias un sencillo papel, más ó menos pintarrajeado.

Por ejemplo: un billete de mil pesetas.

DR. TRAVELLER.

LA ESCOBA

Una sobremesa aburrida y triste... Durante el almuerzo se había volcado el salero, y Luisa estaba preocupada, silenciosa, esperando algún mal suceso... Declaró á Joaquín, su marido, que aquella noche no irían al teatro, por miedo á un catarro gripal, ó tal vez una pulmonía.

En vano había intentado él quitar de la cabeza á su esposa tan disparatadas ideas, porque...

—¿Qué tiene que ver—le decía—que se vuelva el salero con la probabilidad de pescar una pulmonía á la salida del teatro? Semejantes supersticiones son el mayor de los absur-

dos... ¿Tú crees que la Divina Providencia está pendiente de que se caiga ó no la sal para preparar una pulmonía?

—No digo eso, pero el derramarse la sal es un aviso...; si, hijo, un aviso de que va á pasar algo malo.

—Pero como tú conoces el secreto para anular ó contrarrestar los presagios funestos, ó avisos, y en casos como el de la sal que todo arreglado vertiendo un vaso de agua á la calle, hay que suponer que obligas á la Divina Providencia á volver sobre su acuerdo...

—¡Cállate, impfel!

—Es lo lógico, Luisita.

—¿Me negarás que he acertado muchas veces?

—Muchas no, algunas por casualidad, y porque la desgracia ó la suerte, el placer ó el disgusto, vanfan ya por el camino derecho y hubieran ocurrido lo mismo entrando por el balcón moscardones negros ó mariposas blancas. Como dicen en *Chantclair*, «no sale el sol porque canta el gallo.»

—Pero lo anuncia.

—Cuando va á amanecer... Convéncete, Luisita, esas son majaderías, ridículas, creencias sin sentido común... Y tú, que me llamas impfel y te las echas de religiosa, debieras saber que la Iglesia condena las supersticiones.

—Mira, Joaquín, comprendo que... en parte... tienes razón; pero, no lo puedo remediar, porque... ¡he visto tantos agüeros cumplidos, tantos...! Puede ser que Dios, por vía de castigo, conceda cierta libertad á algunos diablos revoltosos para que nos fastidien á ratos.

—En eso, sí, estoy conforme contigo; y tanto, que creo que ano de esos diablillos perturbadores es el encargado de sugerirte semejantes chifladuras.

—Pues ya verás cómo nos pasa hoy algo... que nos disguste.

Encogióse de hombros Joaquín y se encerró en su despacho para escribir unas cartas.

El caso es que la señora acertó de medio á medio en lo de augurar alguna próxima chifladura, porque aquella misma tarde, á poco más de las cuatro, se desencolgaron en la casa los temibles y empachosos Minguellas, un matrimonio con cinco niños, ama de cría y niñera; en junto, nueve calamidades organizadas en bloque para trastornar un hogar tranquilo y freir la sangre al sér más flamático y pacienzudo... Era visita que solía durar tres horas largas...

El señor Minguella, paisano y amigo antiguo de la familia de Luisa, tenía muy bien adquirida fama de *chupóptero*, de hábil sablista; y además (lo que parece incompatible con la gorronería) era hombre de trato muy difícil; suspicaz, picajoso, quebradizo... se ofendía por cualquier cosa; en conversación con él era preciso medir bien las palabras, y aún así, al tal Minguella se le abría con facilidad la válvula del mal genio.

La señora, que pesaba más de cien kilos, había desvenjado ya en la casa varias sillas y butacas,

que á su gran pesadumbre se rindieron, como las torres del poeta; los tres niños mayores corrían por la sala como si estuvieran en el paso de Recoletos, derribando objetos de china ó porcelana con aros y pelotas; la niñera y la nodriza ayudaban al destrozo...; y por contra había que observar indefectiblemente con una merienda á toda aquella tribu de salvajes, porque si no se la daban, ellos la pedían.

Muchas veces habían puesto sobre el tapete Luisa y Joaquín un arduo problema á resolver: el de quitarse de encima tan terrible plaga, peor que las faránicas; pero ¿cómo? Eran ellos tan amables, tan correctos con todo el mundo, y tan débiles de carácter, que se consideraban incapaces de hallar un pretexto, directo ó indirecto, para romper su amistad con la caamitosa familia de Minguella.

No; lo que es aquella vez... la caída del salero trafa cola efectivamente. ¿Si me volveré yo también supersticioso? (pensaba Joaquín). Su mujer había salido un momento de la sala para disponer la indispensable merienda, y cuando volvió, el señor Minguella rogaba al dueño de la casa que le prestase un tomo de la Geografía de Reclus. No supo Joaquín negarse á complacerle, y le dijo:

—Végame conmigo á la biblioteca, y llévase el que quiera.

Salieron ambos de la sala, pero al traspasar la puerta, paróse en seco el señor Minguella, y poniendo cara de azafre exclamó con desentonado acento:

—¡Oiga usted, señor mío! Yo no me trato con personas que me consideran molesto y desean que me marche de su casa: ¿lo entiende usted?... ¡Y me voy ahora mismo!

—Pero señor Minguella...

—¡Me voy ahora mismo, para no volver jamás!

Y asomando el suifardado rostro por la sala, gritó con voz dura y rápida á su mujer:

—¡Vámonos!

—¿Qué sucede?—pregunta la señora, incorporando trabajosamente su ancha humanidad.

—¡Vámonos, te digo!

Y sin dar más razones, empujando á los chicos hacia la puerta de la escalera, salieron todos en pelotón, dejando á los dueños de la casa con la boca abierta, estupefactos, mirándose uno á otro, sin acertar á explicarse aquel fenómeno.

—¿Qué ha pasado?—preguntó por fin Luisa.

—Lo ignoro por completo, hija mía... Al salir de la sala se detuvo de pronto y me largó

una andanada de las suyas, diciéndome que jamás volvería á esta casa...

—¿Ya sé lo que es! ¡La ha visto!

—¿Qué es lo que ha visto?

Corrió Luisa hacia la sala y sacó de detrás de la puerta una escoba, que enarboló con aire de triunfo...

—¿Me quieres decir qué significa eso?—pregantó él lleno de asombro.

—Esto significa que... una escoba detrás de la puerta... ¡bahayenta la visita importunas y molestas! Minguella sabe que yo tengo esa creencia, ha visto la escoba, comprendió que estaba allí por él, se ha ofendido, y...

—¡Abrazame, Luisita! ¡Eres una pitcnisa de cuerpo entero! ¡Qué felicidad! Ahora sí que puedes mostrarte orgullosa de tu ciencia cabalística, porque... ¡menudo tostón nos hemos quitado de encima!

RAMIRO BLANCO.

La cocina del cortijo

A don Ruperto Romero del Castillo.

De negro las vigas el humo ha teñido, y al par á los muros su aliento ha extendido logrando amarillo lo blanco tornar, el humo que anuncia la nueva mañana saliendo en columna por la ancha campana que es palio y es solio que cubre el hogar.

Es la amplia cocina de tonos severos que acerca amorosa señoras y obreros en juegos, y en bailes, y achaques de amor, la que aún hoy conserva de un tiempo pasado el sello indeleble que en ella han dejado costumbres austeras de rígido honor.

De un tiempo en que el odio callaba en el alma, de un tiempo en que el siervo sufría con calma y nunca su labio manchó de hiel; que entonces la abeja se vió dividida, que entonces los amos causaban la herida, y el pobre les daba tesoros de miel.

Castillo roquero de fosos y almenas, tus piedras oscuras parecen llenas de altivas hazañas que no han de volver; cocina campesina, tu aspecto y tu traza la vida moderna anda y enleza con áureas y añejas leyendas de ayer.

Cayeron las torres que ya son ruinas; quedaron las viejas campesinas cocinas; de viejas espadas subsiste la cruz; prisiones feudales, hoy son monumentos; pasaron terrores, miserias, tormentos, cual sombras que ceden el puesto á la luz.

Produce la fábrica los nuevos rencores que son la semilla de tiempos mejores; conserva el cortijo su antiguo candor. La ana es impulso, y aliento, y pelea; es bálsamo el otro que mata y oreo con aires de vida la hiel del rencor.

Aquella en lo nuevo conquista el tesoro, pero este conserva las onzas de oro, las flores que aun quedan del muerto jardín. Aquella es el trozo de acero candente, pero este es el agua que mana la fuente, y el temple al acero dará el agua al fin.

Por eso la austera y humilde cocina, en tanto que el fuego los troncos calcina, evoca en mi mente la edad patriarcal;

44

Lucía, en el extremo de la sala, donde la mandó sentarse su señora, no podía oír nada, porque había concluido por dormirse profundamente.

La viuda, envuelta en su negro manto, sobreexcitada, nerviosa, había caído junto á la puerta; tenía una rodilla en tierra y en la otra apoyaba el codo, mientras sus agitadas manos sostenían la frente cargada de sombríos pensamientos y de siniestras ideas de venganza y de exterminio.

La sonora voz de Virgilio, que resonó de nuevo, la estremeció, y aplicando el oído á la entreabierta puerta, oyó que dijo el noble joven con acento jovial:

—Escucha, querida mía; por última vez voy á hacerte una proposición: ¿quieres venirte á Madrid?

—Cien veces he dicho á Vd. que no; y se lo repito ahora. No me vuelva á indicar semejante cosa, porque son vanos sus ruegos: soy una pobre planta criada en estos valles, donde encontré en mi infortunio tan generoso amparo y no quiero dejarlos.

—¿Me tienes miedo? ¿Temes que te engañe?

—No señor; y lo prueba la confianza con que recibí á Vd. aquí en mi pobre casa y en esta profunda soledad; le juzgo á Vd. noble y caballero, y no le creo capaz de una felonía; además, tengo completa confianza en mí misma.

—Tú no eres una mujer vulgar; la delicadeza de tu constitución física revela un origen elevado; además tienes cualidades de carácter que te sobrepone á la condición inferior á que el destino te condena, y debes salir de ella; yo te ofrezco los medios de hacerlo sin ofenderte.

—Es inútil, no irá.

—Tienes una firmeza sin ejemplo.

—Cumpro con mi deber.

41

batiremos; te lo juro... Yo no he pensado jamás en semejante felonía; pero si tal idea me acometiese, tenías en él un defensor acérrimo y decidido, un esforzado campeón. Algunas veces que ciego por los celos he solido decirle «tú la amas» me ha contestado: «No lo creas, jamás haría de ella ni mi esposa ni mi querida; pero siento hacia esa pobre niña abandonada, que tanto se parece á mi madre, una consideración profunda, una afección verdaderamente fraternal.» Su padre dice lo propio y no quiere verte nunca porque le recuerdas á su esposa, de quien según afirman los de su y yo mismo, porque me han mostrado su retrato, eres una copia exacta.

—¿Ha muerto sin duda?

—No; vive y está en Madrid, en un convento; pero hace muchos años está separado el matrimonio. Debe ser una historia muy triste y muy dolorosa para ellos, porque no quieren que jamás se haga referencia á este asunto, ni siquiera por casualidad.

Virgilio calló, y Clavellina, que era muy discreta, á pesar de su tosca educación, se abstuvo de preguntar. Hubo unos instantes de silencio que rompió Virgilio diciéndola:

—¿Y cómo vas de tus estudios? ¿Has leído ya los libros que te dejé?

—Sí, señor; y ya tengo otros que me ha prestado don Juan. En la escritura estoy muy adelantada; ipero si tienes una paciencia conmigo la maestra, que no es extraño aprenda en poco tiempo! Muchos días está dos horas dándome lección. Ahora nos está enseñando el sacristán de la Iglesia mayor el solfeo, porque quiere que cantemos unas flores á María en este próximo mes de Mayo, á semejanza de las que ha solido organizar otros años la señorita Inés.

11

